

amada soledad á no haberle sacado Dios en cierto modo para hacerle una lumbrera de su iglesia.

El silencio era tan riguroso entre los antiguos monjes benedictinos, que se cuenta de Radulfo, sacerdote de la misma órden, que estuvo diez y seis años sin hablar una palabra con nadie. ¿Y qué sucedió? Que queriendo Dios manifestar cuánto le agradaba la fidelidad de aquel monje, permitió que como se hubiese prendido fuego al monasterio y amenazasen devorarle las llamas, apenas dijo Radulfo: Deteneos, llamas, y no paseis de ahí; se apagó de pronto el fuego. El real profeta debia de conocer bien la importancia del silencio, cuando decia que habia callado y que se habia humillado y abstenido de las pláticas y palabras en que no se advertia nada de edificante. S. Juan Clímaco hizo un escalon de su escala espiritual de los daños causados por la destemplanza de la lengua y del provecho espiritual que acompaña al silencio. Bien merece copiarse aquí lo que dice: «La destemplanza de la lengua es el trono donde se presenta con ostentacion la vanagloria: es el carácter de los ignorantes, la puerta de la murmuracion, la madre de la mofa, el artífice de la mentira, la ruina de la compuncion, la introductora de la tibieza, la precursora del sueño, la disipadora de la meditacion, la destruccion de la guarda interior de sí mismo, el resfriamiento del fervor, el oscurecimiento de la luz del entendimiento en la oracion.

«Al contrario el silencio acompañado de conocimiento y prudencia es el padre de la oracion, la libertad del alma cautiva, la conservacion del fuego divino que la abrasa, la vigilancia sobre sus pensamientos, la centinela para descubrir á los enemigos; es como un calabozo interior donde se entra para llorar sus culpas; es el amigo de las lágrimas, el despertador de la memoria de la muerte, un pintor espiritual que representa al vivo los suplicios del infierno; es un observador discreto y curioso de los juicios divinos y eternos; es el coadjutor fiel de la penitencia, el enemigo de la confianza presuntuosa, el compañero inseparable de la tranquilidad del espíritu, el enemigo del deseo ambicioso de enseñar á los demas, el aumento de las luces celestiales en nuestra alma, una medra invisible en la virtud, una secreta elevacion del

alma á Dios. El amigo del silencio se llega al Señor y entrando ocultamente en su familiaridad es alumbrado con sus luces divinas.»

Confesemos que son preciosas y elocuentes las palabras de ese gran maestro del yermo: hizo la anatomía del silencio con tanta habilidad, que no se puede añadir nada á las calidades que en él descubre. Es muy probable que los padres del desierto participaran de su luz cuando le observaban con tanto esmero. El abad Agaton llevó una piedrecita en la boca por espacio de tres años para no hablar, y cuando le preguntaron la razon, respondió con este dicho del Sabio: El que guarda su boca, guarda su alma; pero el que es inconsiderado en sus palabras, caerá en muchos males. S. Bernardo cree que no puede uno conservar la limpieza de corazon, si se descuida en refrenar la lengua. Con efecto el Sabio no dice que caerá en muchos males el que es maldiciente ó soberbio en sus palabras, sino solo el inconsiderado.

La moderacion y recato en el hablar es un bien tan grande, que dice Salomon: Hasta el insensato pasa por racional cuando calla, y por entendido cuando está con la boca cerrada. Si pues el silencio que no procede acaso mas que de estolidez, honra á los insensatos; ¿cuánto mas provechoso será cuando va acompañado de razon y de luz en las personas discretas?

Paladio asegura que el santo abad Teonas vivió treinta años en su celda guardando rigurosísimo silencio y que una santa vírgen hizo lo mismo por espacio de veinte y cinco años, aunque se acusa de locuaz al otro sexo. Nosotros podriamos decir para justificarle que en otro tiempo se llamaban las monjas las hermanas mudas. S. Gregorio Nazianceno alaba principalmente á su hermana santa Gorgonia por la moderacion de la lengua. Mas volviendo á nuestra maestra celestial, pues que en honor suyo hemos emprendido el tratar de esta virtud, concluyamos con estas palabras de S. Ambrosio: «Esta humilde vírgen era muy grave en sus palabras: hablaba poco y siempre por caridad ó necesidad: leia mucho gustando mas de la conversacion de los muertos que hablan en sus obras, que de los vivos, porque la primera no per-

judica al recogimiento, al retiro y al silencio. Sus labios como los de la esposa estaban atados con una cinta de grana; lo que equivale á decir que el pudor la impedía de abrirlos. Este es el dèchalo que deben imitar todos los que aspiran á una sòlida devocion; pero principalmente las almas religiosas, que por su estado se hallan obligadas á la perfeccion de los consejos evangélicos, á la separacion de las criaturas y á mas alta santidad. Estas tienen singulares ejemplos en la madre de Dios, lo repito, añadiendo con S. Ambrosio que si el ejemplar es respetable para nosotros y no podemos menos de mirarle con santa complacencia, justo es que procuremos imitarle tan fielmente como lo permita nuestra flaqueza, con el auxilio de la misma señora. Digamos pues con un devoto siervo suyo: «Yo te saludo, Maria, virgen solitaria y amante del recogimiento interior, oh la mas hermosa entre las hijas de Jerusalem: recoge, te ruego, los pensamientos de tu siervo que se disipan con tanta facilidad: contén este espíritu distraido, para que no tenga mas anhelo que el conocer y amar á tu hijo y bendecirte con él por los siglos de los siglos.»

De la santidad de la madre de Dios.

Parece que acometemos una empresa imposible queriendo reunir en breve espacio lo que puede decirse de la santidad de la madre de Dios, cuando por otra parte se ha dado una idea bastante cabal de ella en los tratados anteriores. Sin embargo no desagradará al lector encontrar aquí una suma de esta excelente calidad de nuestra reina soberana.

En primer lugar decimos que la santidad es una separacion total de la criatura y una union perfecta al Criador. Cuando pensamos en la santidad divina y vemos que el Señor por su esencia no solo está exento de las imperfecciones y de los límites del ente criado, habitando en su grandeza inmensa é infinita, sino que está separado de toda criatura, recogido en sí y aplicado simplemente á su esencia, á su sabiduría y á su bienaventuranza; cuando consideramos que posee con plenitud lo que nos da, y que él es quien inspira á sus

hijos mas queridos la aversion al siglo presente y el deseo de vacar á la gloria de su autor por religion y por amor; entonces convenimos en que pues el ser santo consiste en no divertirse á la criatura, Dios debe de serlo mucho mas que todos los ángeles y los hombres, que los sacerdotes y las hostias, cuyas menores manchas mancillan la santidad.

Debemos adorar esa perfeccion incomprendible en su origen, que no pierde nada por el concurso, que santifica los cielos y la tierra, que da en el tiempo la aversion al tiempo y el amor á la eternidad, que infunde en los santos los deseos de su propia destruccion para ser nuevas criaturas estando persuadidos de que todo el mundo debería de perecer en honor de esa santidad divina. Cuando David habla de la morada de Dios, lo hace en estos términos: Tú te estableciste en el lugar santo para alabanza de Israel.

Queriendo un profeta hacernos comprender en cierto modo cuál es la majestad del Dios á quien adoramos, dice que le vió en un alto trono; que los serafines estaban al rededor del trono; que cada uno tenia seis alas; que se cubrian el rostro con dos, con otras dos los pies y con las otras dos volaban; y que clamaban: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos. Ve ahí la ocupacion de esos espíritus bienaventurados: cantar continuamente el cántico divino de la santidad de Dios con un zelo digno de su amor. La palabra santo, que significa separado, denota que los serafines expresan la infinita pureza de Dios, su infinito desasimienlo de todo ser criado, su infinita aplicacion á él solo, y debemos de persuadirnos á que no puede decirse una cosa mas sublime, ni mas digna de Dios que esa protesta de los enuembrados príncipes del cielo. Es tan santo, que ni aun está apegado á la vida y á la honra de su hijo, pues exige su sacrificio y no consiente en el cielo mas que lo que está adornado de la santidad del Hijo y del divino espíritu. ¿Qué maravilla de Dios pues no se comprende en esa alabanza y en ese epíteto de santo?

Como es propio de Dios querer el bien para su criatura y no hay bien alguno comparable al que forma á los santos, ha querido tener en todo tiempo ciertas hostias mas santas y

separadas, porque conviene saber que la gracia produce la santidad, y el efecto particular de esta es separar al alma del pecado, separarla de la tierra, separarla de los sentidos, separarla de ella misma y de todo lo que no es Dios; pero con un modo de separacion que llega hasta el odio segun la máxima de nuestro Señor Jesucristo: Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos y hasta su propia vida; no puede ser mi discípulo. Ve ahí el gran efecto de la gracia eminente que llamamos santa, y que en todos tiempos ha existido en algunas personas particulares, que han merecido pertenecer á Dios como sus siervos y amigos, y eso aun antes de la ley de gracia por una especie de adelanto sobre el precio que habia de pagar nuestro Señor derramando su preciosa sangre.

Por sí mismo nos mandó ser santos y perfectos como lo es nuestro padre celestial. Este mandamiento tiene por principio su infinita complacencia para con la santidad como su mas excelente perfeccion, si es que hay mas ó menos en Dios. Parécele pues tan amable, que la quiere reproducir en todos los sugetos capaces de recibirla á fin de ver siempre la imagen de ella como en unos espejos donde se contempla; y con verdad se dice que se deleita mas en haber impreso su santidad en una alma pura que en la produccion de todas las criaturas inferiores al hombre y al ángel, los únicos capaces de esas divinas impresiones.

Puede añadirse que Dios nos manda ser santos, porque nos ama y el amor no puede sufrir distincion entre el amante y la cosa amada; y como Dios es santo y nosotros culpados, ha de trabajar por reformar esa imagen para satisfacer la inclinacion de su caridad. Por eso nos manda ser santos, para que siendo los hijos del padre que está en el cielo, llevemos su carácter y semejanza; porque él no tiene otro ejemplar de sus obras que él mismo, y queriendo formar su reino y componer su familia quiere que solo se forme de santos. Jesucristo nuestro rey se llama por excelencia el santo de los santos; luego es preciso que los particulares de su estado sean santos, que todos sus súbditos tengan esa calidad y que tributen á su soberano el homenaje de procurar

hacerse agradables á sus ojos por la práctica de la santidad.

Esta calidad no es del número de las virtudes comprendidas bajo el nombre de consejo, decencia y perfeccion, sino que es de necesidad absoluta, y el que no procura hacerse santo como Dios lo es, no tiene derecho al cielo, es un súbdito rebelde á su príncipe, un hijo desobediente á su padre. Oigamos lo que dice el Apóstol: Sabeis, hermanos, los preceptos que os he dado de parte de nuestro señor Jesucristo: la voluntad de Dios es que seais santos. No os conformeis pues á este siglo; mas cambiad en el estado nuevo del espíritu, para que conozcais lo bueno, agradable y perfecto que Dios os pide. Él nos eligió en Jesucristo antes de la creacion del mundo, para que seamos santos é inmaculados delante de él. S. Pablo explica de la manera mas sólida esta verdad en diferentes lugares de sus epístolas; pero yo quisiera saber quién será el que cumpla ese gran mandamiento en toda su extension. Mis lectores lo saben antes que yo se lo diga, y estoy cierto de que previenen mi pensamiento.

Digamos pues que solo María, madre de Dios, puede ser llamada despues de su divino hijo tres veces santa y única santa, como sabemos por S. Buenaventura. Ella es la única y la perfecta entre las hijas de Jerusalem: parece que la iglesia confirma este pensamiento saludándola con el título de santa María asi en la oracion del Ave María como en las letanías. En efecto la santidad es el fundamento de todas sus grandezas, y si no hubiera estado enteramente unida á Dios y separada de todo lo demas, no habria ascendido nunca á esa dignidad suprema. Ya hemos visto que desde el punto de su inmaculada concepcion fué santificada por un privilegio que le era singular. Desde aquel feliz instante adelantó siempre en los caminos de la gracia, y la que ya era justa y santa, se hizo mas y mas por nuevos grados de pureza y santidad de que Dios colmó su alma.

Debemos honrar y venerar á la Virgen como á una hija de luz, que no participó nunca de las tinieblas de que hablaba S. Pablo á los de Efeso, cuando les decia: Sabeis que no

erais mas que tinieblas; pero ahora sois luz en Jesucristo: vivid pues como hijos de luz. Nuestra celestial maestra es llamada con mucha razon dia perpetuo. Todos nosotros experimentamos cierta alternativa de noche y dia y andamos entre la oscuridad y la luz: la noche del pecado original antecedió á nuestro nacimiento, y los pecados actuales sucedieron desgraciadamente al dia de la gracia en que entramos por el bautismo; pero la Virgen no sufrió esos fatales eclipses, ni estuvo entre dos noches. Ella es la ciudad santa que baja del cielo y viene de Dios: está toda vestida de claridad y Dios mismo es su sol y su luz; y como este sol divino no tiene ocaso, ni nacimiento, porque es inmutable, ella participó de su esplendor eterno, y las tinieblas no tuvieron influencia en ella: siempre caminó en la verdad y en la union actual de Dios; su entendimiento no se cansó nunca de contemplar este objeto, ni se engañó, ni sufrió disminucion de luz, ni de amor. Es la mujer vestida del sol, y si preguntamos á S. Bernardino de Sena cuándo aparece rodeada de ese astro, nos responderá que es principalmente cuando concibió al hijo único de Dios, cuando la divina sabiduría quiso reconciliar al mundo. Entonces no solo conoció este gran misterio por revelacion, que siempre tiene alguna mezcla de oscuridad, sino que fué plenamente informada de cuanto tocaba al Verbo encarnado. Y no se me acuse de que confundo las luces de nuestra señora con su santidad; porque está escrito: Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. El conocimiento pues es efecto de la limpieza de corazon y de la santidad; y si el sol quisiera pintar su imágen en la luna de un espejo ó en el agua de una fuente, necesariamente habia de ser aquella sin mancha y estar esta tranquila. La respuesta del ángel Gabriel á la objecion de nuestra señora confirma este pensamiento: La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. María habia objetado que no conocia varon; y el ángel le da esa respuesta; pero ¿qué conexion hay entre lo uno y lo otro? Si la virtud del Altísimo debe de obrar la encarnacion del hijo de Dios y por lo tanto el sutilísimo conocimiento de la divinidad; ¿cómo se habla de sombra, la cual es contraria á

la luz? En verdad esto es sutilísimo. La virtud del Altísimo, que es un astro brillante y una luz de fuego, se promete á la virgen María bajo la calidad de sombra; acerca de lo cual hay que notar que la sombra es muy útil para fortificar la vista de los hombres, porque modera el resplandor del sol: por eso los párpados defienden la niña del ojo de la luz demasiado viva. Este pensamiento ingenioso es de Alberto Magno. Acostumbramos, dice, poner la mano sobre los ojos cuando queremos mirar un objeto distante, para recoger la potencia visual y distinguir mejor lo que queremos ver. Asi pues, oh Virgen bienaventurada, te cubrió con su sombra la virtud del Altísimo, para que estando recogida toda tu vista intelectual, puedas comprender el misterio. Esta expresion figurada denota formalmente en sentir de un sabio que la Virgen debia de estar rodeada de la augusta Trinidad; queriendo decir el ángel que la virtud del Altísimo rodearia por todos lados, revestiria y abrazaria á la Virgen. Esta, cubierta asi de tal sombra divina, no podia ver otra cosa mas que á Dios: solo se le presenta ese objeto sagrado y solo se le habla de concebir un hijo que será el santo de Dios. ¿Y qué cosa mas pura y mas separada de toda criatura que esta alma virginal? A lo que pasa en este instante maravillosísimo, habia precedido una vida consagrada toda á Dios por una conversacion mas que angélica. Aquel retirarse al templo á la edad de tres años; ¿y por qué no se ha de decir desde el instante de su concepcion y natividad? Oigamos á S. Lorenzo Justiniano: «Todo cuanto uno pueda figurarse de honesto y relevante en mérito, en gracia y en gloria, todo está en María: ella es grande al venir al mundo y mas grande cuando concibe al Verbo: es santa siempre é inmaculada: donde quiera que se consideren sus excelencias, es santa de cuerpo y alma y está llena de gracia y virtud: es la madre y la esposa sin mancilla: ella ha descansado únicamente en Dios sin buscar nada en las criaturas, y Dios ha satisfecho todos sus deseos. Esa alma verdaderamente solitaria hallaba en Dios una vastísima soledad: la santidad era su muro y por ella quedaba separada de todo lo demas. El corazon de María estaba escondido en Jesu-

cristo y el de Jesucristo estaba en María: eran el tesoro el uno del otro.» «Verdaderamente, oh santa señora (dice san Bernardo), el Señor se complació en tí, te eligió por su morada, se fabricó una casa de tu propia sustancia pura y sin mancilla como de los cedros del Libano y la apuntaló con siete columnas de plata: allí hay un lecho de oro macizo. El número siete significa los siete espíritus que asisten siempre delante de Dios; pero María es la mujer única en quien halló el reposo que había buscado en todas partes, y luego derramó en su seno sin tasa ni medida todos sus tesoros de gracia y santidad.»

«¿Quién ha visto ú oído jamás una cosa igual? decía Proclo. ¡Dios encerrado en el seno de una doncella! ¡Y este seno es tan puro, que se convierte en un templo donde Jesucristo recibe su divino sacerdocio!» S. Jorge de Nicomedia la llama el santo de los santos, el propiciatorio de la nueva alianza, el altar de oro, el arca de nuestra santificación, y añade que el Criador se ha vuelto su amante; que no ha rehusado hospedarse en ella; que el consejo del Padre se ha cumplido en sus castas entrañas; y que el Espíritu Santo ha descansado en ellas. Oh madre de Dios, tú eres el mas bello ornamento de todas las cosas peregrinas y preciosas. Repitámoslo otra vez, tú eres el santo de los santos, donde solo entró el sumo sacerdote Jesucristo señor nuestro. Oh prodigio de la santidad de María, la cual nunca cesó de bendecir á Dios. Oh milagro de amor, que nunca experimentó disminución. Esta criatura celestial amó siempre á Dios con todo su corazón y continuamente adelantó en la santidad.

Se extraña la conducta de la iglesia, que en las festividades de la concepcion y natividad de nuestra señora propone el Evangelio de la genealogía de Jesucristo sin decir una palabra de los parientes de esta vírgen, que es toda la gloria de la familia. No se habla de su cuna é infancia, y el secretario del Salvador cree que basta decir: Jesús, que se llamó Cristo, nació de María. Pero el nacimiento del hijo ¿ha de ser la fiesta del nacimiento de la madre? ¿Qué hay de comun entre la tierna infancia de la Vírgen y los oficios de su ma-

ternidad, si no decimos que la natividad de la una es el principio de la del otro? Esta divina niña vino al mundo para dar á luz el hombre Dios: por eso no se habla de sus padres: en ella no se ve mas que á Dios en todos sus estados y misterios; y el carácter de su santidad la distingue de todo lo demas. Ella es toda para Dios y solo por Dios, aunque es la madre de los pobres y la medianera de los pecadores; porque para reunirlos á Dios quiere llevar esa calidad sin perjuicio de su sublime union con Dios y de la separacion de las criaturas.

Leemos en el Génesis que el espíritu del Señor era llevado sobre las aguas: el agua pues era el asiento del divino espíritu como el elemento mas agradable en su principio. En efecto cuando todo estaba sumergido en tinieblas y no había mas que el caos informe y un abismo profundo, cuando no lucian en el cielo esas hermosas y brillantes lumbreras y la mezcla impedía la pureza de los seres, el agua sola estaba clara y limpia, porque era destinada para carro del Espíritu Santo. En este punto era una figura de la madre de Dios siempre santa, siempre pura, siempre inmaculada. Aunque los demas hombres sean como abismos de tinieblas por la fatalidad de su concepcion en pecado, María, la mas santa entre los santos, no contraerá mancha, ni defecto alguno, porque está destinada para carro triunfal del unigénito de Dios: siempre estará cobijada bajo las alas de la mística paloma, y el divino espíritu calentará el manantial fecundo de esa fuente pura, de ese pozo de aguas vivas.

Dios significó la santidad sin igual de esta vírgen por excelencia en muchos lugares de la ley antigua, segun se dijo en el tratado primero al hablar de la zarza ardiendo, la vara de Moisés y otras figuras suyas. Con esto nos queria enseñar que ordinariamente proporciona la gracia santificante á la dignidad del estado á que llama las almas. Y como la soberana grandeza de madre de Dios se aventaja con mucho á lo mas relevante que hay en el orden de los ángeles y los hombres, debemos de inferir que santa María encierra en sí mas tesoros de gracia que todas las otras criaturas. De ella se dice que así como los rios y torrentes van á pa-

rar al mar y este no rebosa, así todas las virtudes de los santos se reúnen en María sin rebasar del abismo de su santidad, ni aun igualarle; y Dios la ensalzó tanto, que no ha hecho, ni hará jamás nada más grande, más santo, ni más digno de él, de su grandeza y de su amor que esa madre celestial, siendo cierto de todas maneras que en el orden de la gracia y de la santidad de las cosas criadas es ella el término de las operaciones, de los efectos y de todas las comunicaciones y efusiones del poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios. Ella es una arca de santificación para ella y para nosotros, porque habiendo llevado al propiciatorio de nuestra salud Jesucristo señor nuestro, fué santificada por él y se hizo nuestra medianera. Ella participa con más abundancia de la santidad de su divino hijo y se acerca más á la santidad divina; y como Dios abeterno permanece en su incomprendible pureza, también fuera de sí y en la plenitud de los tiempos gusta de residir en las almas santas, pero principalmente en la Virgen, en cuya pureza, hermosura y santidad se deleita mucho más que en todas las otras. Este es el jardín delicioso del esposo divino y el objeto más digno de su amor.

Si se quisieran tomar las medidas de la santidad de nuestra señora, habría que subir al seno de Dios y considerar que la pureza y la luz que brilla en ese sol divino, es el ejemplar de la suya. Es una propiedad del primer astro del universo el no poder ser manchado, ni eclipsado por las impurezas de la tierra, conservando su pureza lo mismo cuando despide sus rayos sobre el lodo, que cuando los despide sobre el cristal; y lejos de esconder las inmundicias que encuentra, las descubre. Ve ahí un símbolo de la santidad y pureza de la Virgen: todas sus obras son obras de luz, que deben de estar expuestas á la vista de toda la naturaleza: ella concibió la luz esencial concibiendo al Verbo de Dios, y este es el coronamiento y la perfección de su santidad purísima. Todos los días hay una especie de pugna entre las tinieblas y la luz, y todas las mañanas presenciamos que esta vence y luce con más hermosura después de haber ahuyentado las tinieblas.

Me parece que S. Juan Climaco hizo en compendio el re-

trato de nuestra señora en este pasaje que copió á la larga: «Los perfectos, dice, que por una piedad ferviente consagran á Dios todos sus pensamientos y obras, tienen por estudio, por ejercicio y por ley en su conducta conservar el alma siempre libre del funesto cautiverio de las pasiones, procurar adquirir una caridad perfecta, hacer su corazón como una fuente viva de humildad, tener su espíritu como apartado de todas las cosas del mundo y de sí mismo y á Jesucristo siempre presente, guardar el tesoro de sus oraciones y luces contra las asechanzas del demonio que quiere arrebatárselas, enriquecerse con los dones celestiales y las ilustraciones divinas, desear la muerte y aborrecer la vida, huir de cuanto puede dar satisfacción al cuerpo, ser poderosos intercesores por todos para con Dios, hacer violencia á la bondad de este por el mérito y eficacia de sus oraciones, participar del ministerio de los ángeles socorriendo á los hombres, ser abismos de ciencia, intérpretes de la verdad divina, depositarios de los arcanos del cielo, salvadores de los hombres, refrenadores del vicio, dominadores del cuerpo, vencedores de la naturaleza, enemigos irreconciliables del pecado, templos vivos de la paz del alma y en fin imitadores del Señor por el auxilio y la gracia del Señor.»

Pongo á la vista de los siervos de la Virgen esta excelente pintura de la perfección y los suplico se persuadan firmemente á que el alma de nuestra señora poseía tesoros de gracia y santidad mucho más relevantes que cuanto podemos pensar é imaginarnos. Esto no ha de desalentarnos para caminar en pos de ella y probar á imitar alguna rasgo de sus extraordinarias virtudes para el arreglo de nuestras costumbres. Con efecto sería una falta de juicio y de razón, si oyendo referir las excelencias de esta criatura celestial cayéramos en el desaliento y la desesperación: al contrario nos hemos de aprovechar de su ejemplo ó moviéndonos á imitarla, aunque imperfectamente, ó penetrándonos de los sentimientos de una profunda humildad, del conocimiento de nosotros mismos y de la consideración de nuestra propia flaqueza. S. Ambrosio quiere que tengamos continuamente á la vista la pintura de la vida y virtudes de la Virgen, y afirma que

este espejo fiel y nada lisonjero nos enseñará lo que debemos hacer y lo que debemos imitar para cumplir el mandamiento de ser santos. Con tu auxilio, oh madre misericordiosa, saldremos con bien de una empresa tan difícil como necesaria. Dignate de concedérnosle y de alargar la mano á tus pobres hijos tú que estás llena de mansedumbre y bondad, de luz y caridad, y pues por tí nos vino la salud de lo alto, sé tambien el camino por donde volvamos á Dios, de quien nos han desviado nuestros desórdenes (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

S.

Cuando el ángel trajo la nueva de la encarnacion del Verbo á la Virgen, su grandísima modestia no la dejó apropiarse las grandezas contenidas en las palabras con que la saludó el ángel, y la pregunta que ella le hizo, se fundaba en la consideracion de su bajeza por un lado y por otro en el derecho que tenia de preguntar cómo habia de efectuarse aquella obra excluyendo la manera que no se conciliase con su voto; lo cual indica su prudencia y fidelidad y la disposicion santa de su alma virginal, que hubiera querido mejor renunciar la altísima dignidad de madre de Dios antes que dejar de observar aquel voto, elevándole al grado mas sublime á que puede llegar por esta resolucion tan firme. Pudiendo fácilmente su entendimiento mas iluminado que los de todos los hombres proponer otros medios al ángel se abstuvo y no especificó mas que aquel que su estado virginal la obligaba á excluir, conteniéndose en los límites de su obligacion. Conviene notar que el ángel Gabriel habló tres veces y la virgen Maria quedó á la primera admirada y en silencio, á la segunda hizo la pregunta que hemos indicado, é ilustrada por la respuesta del nuncio celestial volvió á su silencio y quedó sumisa; de suerte que la pureza de nuestra señora es el fundamento de su pregunta, y si Dios no la hubiera obligado á esta especie de solicitud tocante á su voto, no hubiéramos oido de su boca ninguna pregunta, sino solamente palabras de fé y sumision.

El ángel hubiera podido declararle desde luego toda la economía de este profundo misterio, manifestarle que iba á ser madre del Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y evitarle así su pena y congoja; pero no tenia orden de eso. El consejo de Dios es que Maria anuncie el Evangelio de la virginidad y le anuncie al arcángel y que nosotros veneremos en el cumplimiento de esta obra dos anunciaciones; esto es lo que notamos en el coloquio angélico. El ángel anuncia el Evangelio de la Encarnacion á la virgen Maria y esta anuncia recíprocamente al ángel el Evangelio de la virginidad, es decir, un nuevo estado y una nueva especie de criaturas, que no teniendo mas que el cuerpo en la tierra deben de vivir y conversar en espíritu en los cielos; este estado virginal tiene origen en Maria y en el instante de la Encarnacion. Los matrimonios de la antigua ley eran proféticos segun S. Agustin y miraban á la generacion temporal de Jesucristo; pero despues de la venida de este varió de condicion, y el estado excelente á que son convidados ahora los fieles, es el de la virginidad. Verdad es que no todos son llamados á él; pero los que son distinguidos con esta sublime vocacion, han de estimarla mucho y seguirla fielmente.

En todas las demas madres la maternidad triunfa de la virginidad; pero siendo la de Maria mas divina que la natural respeta la virginidad y se concilia con ella. Véase cómo Maria permanece firme y constante. No conozco varon, dice; y la maternidad aprobando su fortaleza y resistencia le replica: El Espíritu Santo vendrá sobre tí etc.; para manifestar que aquella maternidad lejos de ser contraria á la virginidad la ennoblece, perfecciona y deifica por su union. En este feliz instante se abre la fuente de la pureza y empieza á dilatarse por el mundo el estado angelical de las vírgenes, que comienza en Maria concibiendo á Jesucristo en la estimacion de la virginidad y apreciándola en el mas alto punto que puede apreciarse, segun hemos dicho antes, supuesto que no hubiera querido ser madre de Dios sin quedar virgen (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).